

LA FRONTERA ANÓMALA: DE POINSETT A GAVIN

POR LUIS MARTÍNEZ CELAYA

POCOS FACTORES HAN pesado tanto en el curso de la historia moderna de México como el de su vecindad con los Estados Unidos. De ahí la necesidad de ahondar cada vez más en el estudio de las relaciones a que ha dado lugar esta vecindad. Producto del reconocimiento de la importancia de este asunto es el libro *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico* (*), en el que se exponen de manera breve, clara y sencilla, los hechos esenciales de este conflictivo quinto patio.

Si bien hay varias obras que intentan proporcionar una visión general del tema, casi todas son de difícil acceso para el lector no especializado, además de que la información que ofrecen, o es incompleta o resulta indigerible por el abuso de tecnicismos.

En la primera parte de México frente a Estados Unidos, Josefina Vázquez intenta narrar, ateniéndose a un criterio meramente descriptivo, las vicisitudes de las relaciones México-norteamericanas durante el siglo XIX. A pesar de que la autora no se esfuerza demasiado por explicar los acontecimientos que relata, y de que cuando lo hace no demuestra mucha perspicacia, los hechos son lo suficientemente elocuentes en sí mismos como para no requerir de mayores disquisiciones teóricas. Así, las relaciones entre ambos países a lo largo del siglo pasado, se presentan al observador como una cadena ininterrumpida de agravios, insultos, agresiones y despojos con que la poderosa república trató a su vecino del sur.

Ya el primer enviado diplomático de Washington en México, el insidioso e intrigante Joel R. Poinsett, traía entre sus instrucciones la de hacer que se trasladara-

yanqui, mediante la firma del ignominioso tratado de La Mesilla.

Vinieron luego diversos intentos por comprar más territorio, incluyendo invariablemente la codiciada península de Baja California, con amenazas frecuentes de intervención armada en apoyo de tales pretensiones.

En 1858, aprovechando la situación desesperada en que se hallaba el gobierno liberal de Juárez, el ministro Robert Mc Lane conseguía que se firmara el tratado de Mc Lane-Ocampo, de triste celebridad, que estipulaba en sus cláusulas concesiones de tal gravedad que ponían en peligro la subsistencia de la nacionalidad mexicana. Por fortuna, el funesto tratado no recibió la aprobación del Senado norteamericano.

En marzo de 1877, varios periódicos de Nueva York, Washington y Filadelfia publicaron el mismo día notas en que abogaban —al parecer a instancias de la Casa Blanca— por el establecimiento de un protectorado yanqui sobre nuestro país, a pretexto de que éste por sí solo no accedería nunca a la estabilidad política. Ese mismo año, México fue condenado por una comisión mixta que examinó las reclamaciones acumuladas desde la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo, a pagar a particulares norteamericanos la cuantiosa suma de 4 125 622 pesos. Muchas de estas reclamaciones eran no sólo injustas sino notoriamente absurdas, como en el caso del Fondo Piadoso de las Californias.

El triunfo del Norte en la guerra de sección y la rápida industrialización que le siguió, determinaron un cambio en las actitudes norteamericanas hacia México. El crudo expansionismo territorial cedió su lugar a los comienzos de un largo proceso de creciente penetración económica

con esto, intrigó y apoyó la asonada de Félix Díaz hasta lograr la caída del régimen maderista.

Inmediatamente después, la nueva administración encabezada por Woodrow Wilson se arrogó la facultad de querer dictar el tipo de gobierno que convenía a nuestro país, y en apoyo de semejante pretensión ordenó la ocupación de Veracruz por tropas norteamericanas, en abril de 1914.

Al triunfo del constitucionalismo, el antiguo profesor de Princeton exigió a las facciones revolucionarias en pugna que llegaran a un acuerdo para instaurar un gobierno estable, con la advertencia de que en caso contrario se reservaba el derecho de intervenir otra vez militarmente.

A raíz de la incursión villista sobre un poblado fronterizo de Nuevo México, se produjo otra invasión armada, la llamada "expedición punitiva", en que hasta diez mil soldados bajo el mando del general Pershing penetraron en Chihuahua en busca de Pancho Villa.

La Constitución de 1917 con sus reivindicaciones nacionalistas, resultó ser motivo permanente de conflicto con los Estados Unidos, que intentaron por varias décadas impedir que se aplicara en todos aquellos casos en que afectaba sus intereses. Para alcanzar tal objetivo la Casa Blanca echó mano de todo género de recursos. Así, por ejemplo, durante tres años se abstuvo de reconocer al gobierno del general Obregón, hasta que este accedió a suscribir unos acuerdos —los mal llamados tratados de Bucareli— que en la práctica equivalían al compromiso de no afectar, salvo en casos excepcionales, los intereses estadounidenses en tierras y petróleo.

Durante el gobierno del general Calles,

estas presiones, aunadas a la incuestionable habilidad diplomática del nuevo embajador Dwight Morrow, orillaron al presidente Calles a dar marcha atrás en la legislación sobre hidrocarburos, que quedó sin afecto para todos los fines prácticos.

Pero una década después vendría la expropiación petrolera, sin duda el suceso más importante a que dio lugar el llamado nacionalismo revolucionario, y como era de esperarse, la reacción oficial norteamericana fue completamente adversa. La administración encabezada por Roosevelt intentó obligar a México a devolver lo expropiado, por medio de presiones tales como la de impedir la venta de plata mexicana en los mercados internacionales y "negar todo tipo de equipo y asistencia a la nueva empresa petrolera gubernamental, Petróleos Mexicanos" (p. 171).

De 1942 a 1970 las relaciones oficiales entre los dos vecinos cambiaron considerablemente de cariz. El antiguo recelo y las querellas constantes dieron paso al entendimiento y a la colaboración, sólo empañados de vez en cuando por problemas como el de la discriminación y malos tratos a trabajadores migratorios, el narcotráfico, la desigualdad del intercambio comercial, la salinidad del Río Colorado y las intervenciones norteamericanas en Guatemala, Cuba y Santo Domingo.

Esta relación de inusitada concordia entró en crisis a partir de 1970, en la medida en que la etapa de relativa prosperidad económica que le daba sustento llegó a su fin. Ya en 1969 la llamada "operación intercepción" fue una clara muestra de que la antigua cordialidad se estaba resquebrajando. Por otra parte, era obvio que en esos treinta años de armonía la dependencia económica de México con res-